



REFLEXIONES SOBRE LA PRESENCIA INDIGENA EN LA HISTORIA NACIONAL

Oswaldo Silva Galdames

Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Chile

Al presentar una publicación periódica intitulada **Historia Indígena** estamos, en el fondo, reconociendo que los nativos americanos son sujetos históricos, que existieron, se organizaron, desarrollaron tecnologías, levantaron asentamientos -fluctuantes entre modestos rancheríos y complejas ciudades planificadas en sus más mínimos trazados-, vivieron en un mundo plagado de espíritus o de divinidades que alimentaban sus esperanzas y calmaban angustias. Hombres, mujeres y niños que, en fin, amaron, odiaron, disfrutaron y sufrieron penurias, expresando sus sentimientos de acuerdo a los ancestrales códigos éticos y morales que regían sus conductas individuales y sociales. Y, por sobre todo, que ellos aún existen; están presentes en nuestra cultura mestiza e insertos en una historia patria que vanamente intenta desconocer la heterogeneidad étnica de sus actores.

De ellos recordamos, por mucho tiempo, sólo los artefactos y monumentos rescatados pacientemente por arqueólogos. Los utilizamos para construir complejas secuencias en las cuales primaba el interés por mostrar una "historia" basada en el uso diacrónico de diversas materias primas a fin de confeccionar instrumentos con los cuales arrebatarían a la naturaleza los recursos imprescindibles para su subsistencia. Así, utensilios, técnicas y materiales empleados en su elaboración; formas y decoraciones, substituyeron al hombre y a la sociedad como actores principales de un pasado que alejábamos del "nuestro" simplemente catalogándolo como primitivo. Sólo de vez en cuando nos atrevimos a inferir creencias, diferencias de status y algún tipo de aflicción, al exhumar tumbas conteniendo cadáveres acompañado del correspondiente ajuar fúnebre, o al admirar los restos de fastuosos templos cuyos muros presentaban multicoloridas figuras de entes surgidos en imágenes capaces de entremezclar, simbólicamente, formas humanas y animales, abriendo las puertas a una fantasía mágica que somos incapaces de comprender cabalmente.

A partir de la segunda década de este siglo la "nueva arqueología" o la "arqueología antropológica" desplegó ingentes esfuerzos por descubrir al "indio" que había detrás de aquellas obras. Comenzaron a reconstruirse estructuras económicas, sociales e ideológicas, y a encuadrar los restos materiales dentro del quehacer de comunidades, cuyos miembros se autoidentificaban con ellas a través de los naturales y simples vínculos de parentesco, o los más complejas ligaduras institucionalizadas. Bandas, tribus, señoríos y estados conformaron paradigmas de un ordenamiento

que reflejaba, gradualmente, la simpleza o complejidad de sus organizaciones internas. Para un mejor entendimiento de ellas se tomaron como modelos conductas de sociedades actuales, ajenas a la tradición judeo-cristiana en que hunde sus raíces nuestra civilización occidental.

El acervo arqueológico pasó a consituirse en fuente o documento para recrear una historia que no dejó testimonios escritos por contemporáneos a los hechos, y procesos implícitos en los vestigios culturales, entendidos en su más amplia acepción, que habían sobrevivido al rigor del clima y el paso de los años. Antropólogos e historiadores adhieren con entusiasmo a las metodologías desarrolladas para hacer de aquellos antecedentes pruebas palpables de un desarrollo sincrónico, refrendados en analogías recogidas entre "nuestros contemporáneos primitivos".

En América la apertura del naciente procedimiento historiográfico se aplicó, fundamentalmente, a los anales de la época del contacto nativo-europeo. De tal modo la etnohistoria, como fue bautizado el conjunto de métodos tomados de las ciencias sociales para reconstruir, siguiendo caminos distintos a los recorridos por los autores clásicos, los modos de vida de las civilizaciones nativas en vísperas o anteriores a la conquista, tanto desde una perspectiva diacrónica como funcional, o el de aquellas sociedades que caían bajo el dominio foráneo, a medida que se aventuraban por la desconocida geografía del Nuevo Mundo.

Las tradicionales crónicas de la conquista se sometieron a una relectura; nos preocupamos de desentrañar el verdadero significado de las descripciones dejadas por hombres que presenciaban relaciones sociales, ritos y ceremonias tan divergentes a los propios. Los datos fueron desmenuzados y compulsadas con situaciones similares, provenientes de estudios etnográficos efectuados en sociedades africanas, oceánicas o asiáticas, asumiendo en plenitud el que la antropología es una disciplina esencialmente comparativa. Se intensificó la búsqueda en archivos y otros repositorios documentales de nuevas "fuentes tempranas" que complementasen y, aún, aclarasen los testimonios proporcionados por soldados o misioneros del siglo XVI. Así informes de funcionarios coloniales; visitas efectuadas por orden de la corona a los "pueblos de indios"; juicios de tierras; diccionarios y confesionarios comenzaron a entregar un cúmulo de nuevas referencias, permitiendo aclarar muchos aspectos, todavía confusos, en la "vida cotidiana" de las colectividades prehispanas, especialmente aquellas localizadas en lo que se ha denominado la **América Nuclear**, donde la autoridad española instalaría los virreinos de la Nueva España y Perú.

La etnohistoria, preocupada fundamentalmente por revivir a cabalidad, en tanto se dispusieran de los antecedentes necesarios, las estructuras indígenas anteriores a la conquista, recurrió a la tradición oral, la mitología y semiología para incrementar el caudal de fuentes utilizadas en su exégesis, cayó en una verdadera obsesión por determinar, con la mayor exactitud posible, el ordenamiento interno de las sociedades indígenas al momento del contacto europeo, haciéndolas aparecer como entidades estáticas, detenidas tanto espacial como temporalmente. El "indio", paradójicamente si se piensa en la búsqueda de permanencias en la documentación más tardía, dejó de existir aunque, tácitamente se reconociese que sobrevivía y conservaba, a pesar de la aculturación, muchas de sus tradiciones ancestrales.

Si en la etnohistoria el fasto indígena aparece detenido en el instante en que irrumpen los europeos en sus lares, la historiografía tradicional simplemente los olvida a partir de la época caracterizada como del "descubrimiento", omitiendo el que tal hecho fue mutuo. Salvo escasas excepciones no se han esforzado por averiguar el impacto que provocó en sus mentes la aparición de seres tan ajenos al entorno mágico simbiótico en que se desenvolvían. Se les mira como los vencidos, condición que amerita "sacarlos" de los anales a no ser que tomen a revivir para enfrentar

a los triunfadores y vuelvan a convertirse en derrotados. El esquema se repite en la mayoría de los manuales de Historia de Chile. A la somera descripción de los pueblos prehispánicos o "indios de Chile", sigue la epopeya del descubrimiento y conquista, ensalzando el victorioso adelantar de los españoles y lamentando sus reveses. Luego la narración se centra en los hechos de los "hispanocriollos", hasta que algún aciago acontecimiento recuerda que el nativo continúa vigente, resistiendo, readaptándose y, por sobre todo, mestizándose cultural y biológicamente. A continuación se alza un gran tópico: el "avance de la frontera". Allí los encuentros bélicos se entremezclan con reuniones en las que el gobierno colonial o nacional asumen el costo de entregar música y "mucho mosto" a cambio de la ocupación territorial. Llegados a la línea del río Toltén el "araucano" se esfuma, siguiendo la triste suerte del derrotado. El tema de las reducciones, de la pauperización de sus tierras y comunidades, no parece pertenecer a nuestra historia. Que se ocupen de él sociólogos e indigenistas. La antropología, por su parte, contradictoriamente, busca remanentes del pasado en una sociedad claramente mestizada y aculturizada.

Un paliativo a la situación anterior ha surgido desde lo que se ha llamado "historia de las relaciones fronterizas", intento nuevamente centrado en la actuación del hispano-criollo puesto que enfatiza su actuar en la interacción con los nativos, obviando tratar las transformaciones provocadas al interior del mundo indígena y los procesos que generaron la aparición de nuevas formas de organización. Tratándose de los mapuche se olvida el surgimiento de otros modos de pensar; los intentos, ayudados por influencias de origen europeo, para entender la mentalidad del invasor y aplicarla favorablemente en las mutuas vinculaciones, a través de las cuales van readaptándose, una y otra vez, a las circunstancias, a fin de supervivir en ese cambiante medio ambiente físico y cultural que ya se prolonga por más de cuatro centurias y media.

Comprender la mentalidad y la institucionalidad del nativo parte por precisar la diversidad étnica existente en América. Conceptos tan esenciales como el de territorio, estructura social (ninguna sociedad aborígen se autoproclamó conformar una banda, tribu, señorío o estado), relación hombre-naturaleza; fronteras, poder, ejercicio de la autoridad, sistemas de creencias, normas de parentesco, etc., deberán ser readecuadas de modo que se aproximen, lo más cercanamente posible, al real significado que ellos tenían en el heterogéneo mundo aborígen. Una vez logrado estos objetivos y reconstruidas sus estructuras prehispánicas, estaremos en condición de analizar las variaciones que experimentaron durante los procesos de conquista, colonización e incorporación al régimen republicano.

Nuestra **Historia Indígena** intentará abordar precisamente los temas que ha dejado de lado la tradicional Historia de Chile. No pretendemos con ello abrir antagonismo entre lo indígena y lo chileno pues pensamos que inevitablemente, desde 1520 o 1536, ambos han sido copartícipes de una saga única que espera ser abordada en su real dimensión.